

PRIMER PUESTO

Relato de un soliloquio vespertino

Daniel Camilo Romero Pinzón

Licenciatura en Filosofía

Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación

daniel.romerop@uniagustiniana.edu.co

Jaime Urdaney Idilio Correa de Pinilla se miraba fijamente a través de una ventana para recorrer con su peinilla los pocos espacios de su larga cabellera. Acariciaba su espesa barba y palpaba delicadamente sus ojos, nariz y pómulos, mientras pensaba en cómo su historia no daba cuenta de su primer apellido. Mientras veía su vida cargada de una ilusión poco o nada considerada, cayó en un barranco de incertidumbre y fatalidad.

Cada tarde, mientras gustaba de ver su sereno reflejo, veía por aquella misma ventana una banca siempre ocupada sobre las cuatro de la tarde por un joven escritor, caleño como él, con quien siempre se reunía para sugerirle ciertos cuidados medicinales, lo que también era ocasión para compartir con él la filosofía exquisita de la calle. Así, se dedicaba a presentarle su vida para advertirle que nunca cayese en situaciones como las que a él le habían pasado, pues ciertamente alguna vez quiso ser un escritor, pero por dar gusto a su padre, rehusó de tal proyecto sin vacilación alguna.

Jaime le daba consejos médicos al joven, ya que había sido un prestigioso especialista en gastroenterología de la Universidad del Valle. Había crecido entre los más estruendosos y apoteósicos conciertos de Richie Ray y Bobby Cruz, Fania All Stars, Piper Pimienta y La Sonora Matancera, así como con el disfrute y la balacera de los clásicos entre los dos equipos tradicionales de la ciudad en el Estadio Pascual Guerrero. Jaime fue reconocido como un negro bailarín que entre sones y toques era visto como uno de los mejores en los concursos departamentales de guaguancó en el Valle del Cauca. Caluroso, con todo lo que quiso haber experimentado en sus más remotos años de lucidez, después de salir de sus clases como estudiante y de sus consultas como profesional, en un buen momento y sin premeditación alguna, a sus 38 años edad, decidió salir en busca de nuevos horizontes con una bailarina que le seguía el paso y le satisfacía sus más recónditos deseos: «Mira, *morenito mío*, cálmate que ya danzaremos al unísono cuando el frío de la

nevera sea nuestro pacto de azote», le decía Rosario, la bella bailarina, mientras Jaime le prometía una hermosa casa en el barrio La Candelaria, en el momento en que sus manos recorrían ciertos lugares inhóspitos bajo su escote.

—¿Sabe, compita? Si tan solo usted la hubiese visto cómo meneaba su cadera cuando canciones como “Cachondea”, “Tiahuanaco” o “Merecumbé” le erizaban su piel, seguro tendría los argumentos suficientes para saber cómo un caleño conoce de la locura. Nos bastó tan solo un sutil beso durante una noche de buena salsa.

Urdaney, el joven escritor, solo deseaba escuchar al vagabundo y, entre expresiones y silencios, le mostraba su aprecio o desacuerdo frente a todo lo que le decía.

Jaime y Rosario, efectivamente, compraron una casa en Bogotá y vivieron juntos, cerca de dos años, compartiendo múltiples desamores y desengaños, ya que mientras el joven médico dedicaba su tiempo a conseguir un buen empleo para propiciarse una adecuada estabilidad en la ciudad, la sensual bailarina se reencontraba con viejos amoríos y diseñaba su plan para ser una dama absolutamente independiente trazando su vida entre el teatro y la danza. Así, poco a poco, Jaime entendía que existían ciertos estereotipos sociales muy recurrentes en su tiempo, vistos estos con suma normalidad, pero que, también, aunque fuesen una evidente realidad, debían mantenerse como un sigiloso eufemismo del cual se desprendía una larga y pesada soga de infelicidad.

—Ja’, te voy a explicar algo —decía Jaime con un suspiro—. Entre los amores condicionados, las relaciones sociales superfluas e hipócritas y las hondas encrucijadas existenciales del hombre, opté por seguir viviendo con el engaño y la desazón de la compañía de una sandunguera, con tal de que, mientras me acompañase a mis lujosas reuniones de especialistas donde debía actuar con apariencia de hombre feliz, exitoso y afortunado, todos dijeran: «¡Vaya ese sí

es fiel embajador de la sucursal, anda con angelitos, aunque tenga cara de galante castigado!».

Entre risa y chanza, Jaime fue contándole a su amigo vespertino cómo, en un abrir y cerrar de ojos, fue perdiendo el control en sus cuentas y cómo, entre sumas y restas, sin ser consciente de la situación, lo perdió todo. Tan cruda fue su circunstancia que decidió empezar a dormir en los andenes de Bogotá para limitarse únicamente, según él, a existir. Tan solo le bastaron un par de palabras para decidirse.

—Busco ser otro Diógenes en este siglo para asumir una resolución de vida en el cinismo, una disciplina filosófica que enseña a alejarse de tanto convencionalismo moral y social que se conglomeran en los zapatos bien lustrados y en los atuendos sofisticados—. Le explicaba Jaime a Urdaney mientras veían cómo la tarde iba cayendo y la luz artificial acudía al auxilio de la ciudad.

—Vivir en la calle, compita, es vivir en la fiel copia de la canción: «Al son que me toquen, bailo; porque la vida sin salsa es funeral de corbateados». En la calle, vos no te preocupás por nada, porque cada uno sabe que si tenés hambre, solo falta buscar en la caneca o reciclar uno que otro plastiquito pa' ganarse una monedita... Por eso, cuando me decían: «Mira, Caluroso, ayudá a este que está enfermo», solo me era suficiente gritarle: «¡Palmotea, palmotea, galán, y cojéate que eso de estar encañengao no es cosa buena! ¡Súbale a esa caracha y que viva la música!». Pues si vivís como hierba mala, para algo haz de servir... Para vivir en la calle, vos te hacés el ambiente, pelao, así de fácil.

Caluroso dedicó aquella tarde en señalarle punto por punto las desventuras de un hombre de la calle con el fin de asegurarle a su interlocutor, pero sobre todo para convencerse a sí mismo, que con lo que contaba de su vida justificaba de la mejor manera la decisión que había tomado. Pues bien sabía que los engaños pueden ser

lógicamente argumentados y sustentados; por eso, cumplía aquello que hace mucho retumbaba en su cabeza: «¡Que cada loco viva con su cuento o si no, que invente y goce de su propio engaño!».

—En la calle, todo es incertidumbre, porque no sabés todas las aventuras que podés vivir allí. Por ejemplo, los agarrones con los polochos por tomar tu duchaso en los estanques de la estación de las aguas, cerquita a Monserrate, o entre el común menosprecio de la gente civilizada que, al vernos, nos tiene pavor y dice en sus adentros: «Apúrate y no te quedes mirándolo», para creer que no existimos.

Sobre las seis de la tarde, Caluroso se despedía con sumo respeto, pero con gran estima de su noble amigo, haciéndole saber que conocerle era una muy buena manera de analizar los pasos por donde la vida le había traído, una bonita manera de ver las oportunidades y circunstancias que había asumido o que había rechazado, una cordial manera de alegrarse de su vida para luego, desesperanzadamente, buscar cartones y ropa desgastada para armar su nicho en algún rinconcito de la calle, para poder tomar un sabroso motoso, no sin antes pedir un pan de bono con agua de panela en algún callejón, bien fuera por que existiese allí una panadería o porque alguien que pasase por allí, con tal de no sentirse atrapado y al margen de un atraco, le lanzase unas moneditas.

Esta y otras tantas conversaciones se repetían con el joven escritor Urdaney de Perilla, todas las tardes; tardes que, en realidad, solo fueron una, en las que el corazón del médico Idilio Correa se llenaban de una intensa ilusión, la cual se desvanecía cada vez que se despedía del joven y se encontraba con una profunda sensación de tristeza. Sentimiento involuntario que se producía cuando era consiente de un soliloquio vespertino, un diálogo solitario que él mismo se encargaba de hilar con matices, caprichos y descuidos, los cuales le agolpaban sus sienes para reinventar su vida, vida que

a sus 47 años, luego de largos años de incertidumbre en la calle, le reclamaban por su estado de salud.

Así, aquella misma tarde en la que el Gobierno de Bogotá se apropiaba de las calles del Bronx y dejaba en el limbo a tantos indigentes desamparados e intacto el mismo problema de la ciudad, al ser las seis y cinco de la tarde, y después de seguir viendo su perfil por la ventana, y de saber que, en aquella banca, detrás de su reflejo, nunca estuvo sentado con nadie, Jaime sufrió un veraz dolor en su estómago que le hizo entender que encontrarse con su otro yo podía ser algo mortal. Jaime entendió por fin que se había encontrado con otro Caluroso que pudo llegar a ser y que no fue; otro Jaime que era el escritor que había añorado ser y que hoy viajaba por el mundo en las aerolíneas de la imaginación, gracias a que nunca se dejó persuadir por la desilusión de un amor ni por una muerte a los 25 años sin vivir otros 22 con razones para ser cómplice de muchos proyectos e ir en busca de una infinita plenitud. Un otro Jaime que, en realidad, era el mismo Caluroso que nunca se dejó abatir por los sinsabores de la vida y que se replanteó una y otra vez que lo único importante era vivir con alegría y coherencia todo cuanto se estuviese a bien elegir, aunque se hubiese dedicado a buscar entre las esquinas, los caños y las bahías razones para existir. Era, en realidad, un caleño moreno, con abundante barba y cabellera blanca, que daba razón de que solo se limitaba a vivir momentos inesperados, sin considerar que trascender de esa condición era una posible manera de ser, en verdad, un Diógenes del siglo XXI; un sujeto que se apartaba de los esquemas morales y sociales, por arriesgarse a vivir el propio suyo, aquel mismo esquema que determinaría cómo debería vivir los probables años que le faltasen para morir.

Rápidamente, entre sirenas y llamados de ayuda, Jaime llegó al Hospital de San José recordando que al fin estaba despertando del letargo de la calle, pero, ¡caramba!, letargo del cual ya era

demasiado tarde despertar. El diagnóstico de un sistema digestivo totalmente atrofiado por infecciones con contaminantes químicos y alimentos podridos que estaban a punto de apagar su vida no le asustaba tanto como el que no volvería a ver en la ventana el reflejo de un Jaime feliz y dichoso que le esperaría una buena tarde en la misma banca donde habían conversado para que se dejara construir por él, como su más anhelado sueño. De esta manera, perdiendo su conciencia, Jaime pidió su último deseo:

—Ve, señorita— le decía Jaime a la enfermera mientras le agregaban morfina para calmar sus dolores—. Si puede hablar con la actriz Rosario Feliciano, dígale que hay un moribundo que quiere verla para agradecerle por lo infeliz que le hizo. O no, mejor no. Solo hágale saber el rezo de la canción: «La incertidumbre de la calle te está buscando para cobrarte lo que nuestros besos despojaron». Eso bastará.

Jaime falleció cerca de las nueve y treinta y tres de la noche, sin nadie que le llorase. No obstante, se supo que el día de la cremación de sus restos, cinco años después de su entierro solitario, se encontró en una ranura de su ataúd una pequeña carta en la cual un escritor le prometía redactar su particular historia en un corto cuento, como garantía de que su historia es muestra auténtica del paso de la locura en la vida de ciertos hombres, locura que es fuente muchas veces de gran sabiduría, que si bien, no se encuentra del todo entre bibliotecas y peldaños de museos e iglesias, puede encontrarse entre los andenes y callejones por vagabundos de la calle, quienes entre la indiferencia de la sociedad y la vergüenza del estado son muestra de la otra cara de enfrentar los males desenfrenados de la vida.